

La crisis de la representación política como forma concreta de reproducirse la base específica de la acumulación de capital en Argentina

Juan Iñigo Carrera*

“y toda ciencia sería superflua si la forma de manifestarse y la esencia de las cosas coincidieran inmediatamente”. Karl Marx

Resumen

En Argentina, la acumulación se centra en capitales extranjeros que se restringen al mercado interno gracias a apropiación de renta de la tierra, plusvalía liberada por los pequeños capitales y, sobre todo, pagar la fuerza de trabajo por debajo de su valor. Esta base contrajo el producto total de valor desde los 80, pese al ingreso neto proveniente de la deuda pública externa. En 2001 se cortó este ingreso, anunciando más contracción, caída del salario, desempleo, y la cesación de pagos. Estalló entonces la crisis de representación política. Pese a sus apariencias, ella fue la forma política de reproducirse el capitalismo argentino con su especificidad, contraria al desarrollo de las fuerzas productivas, intacta. Sólo la centralización absoluta del capital por la clase obrera puede

* Profesor de posgrado de la Facultad de Ciencias Económicas, UBA y del Centro para la Investigación como Crítica Práctica (CICP).

superar esta especificidad. Pero ella requiere la formación de un único espacio nacional por las clases obreras latinoamericanas sometidas hoy a la misma especificidad.

Palabras clave: Argentina, crisis, acumulación de capital, economía nacional, clase obrera, acción política, fuerzas productivas.

El 19 y 20 de diciembre de 2001 aparecían como un punto de inflexión en la forma de hacer política en Argentina. La acción popular directa, la acción de la multitud, derrocando presidente tras presidente en repudio de toda pretensión de representación política. Las asambleas barriales, donde no se reconocía más legitimidad representativa que la surgida inmediatamente del ejercicio de la democracia directa, aprobando el rompimiento con el FMI, la nacionalización de los bancos y la reestatización de los servicios públicos privatizados. Los clubes de trueque, presentándose como alternativa a la producción capitalista. Pequeños ahorristas y gente común “escrachando” a bancos y políticos. Obreros poniendo en producción las fábricas abandonadas por sus dueños. Y, por sobre todas estas acciones populares directas, la consigna unánime “que se vayan todos”.

Surgió así la imagen de que la Argentina marchaba hacia una transformación política radical. Muchos críticos de la sociedad capitalista no dudaron en afirmar que el pueblo argentino se había colocado a la vanguardia de la gestación de una nueva sociedad. Se planteaba así que, desde el punto de vista de la acción política revolucionaria, la clave estaba en la producción de consignas reivindicativas cuyo sostenimiento en la práctica de la lucha política cotidiana fuera transformando a la conciencia inmediata de resistencia popular en una conciencia revolucionaria capaz de superar el modo de producción capitalista mismo. O, más abstractamente, se planteaba esta transformación a partir de trabajar en la construcción de una ética o de una ideología liberadoras. Se planteaba, por lo tanto, actuar sobre las condiciones abstractamente subjetivas de dicha transformación, dando por sentado que sus condiciones abstractamente objetivas ya habían sido alcanzadas, como supuestamente lo ponía de manifiesto la crisis económica.

Por muy revolucionaria que parezca, semejante concepción invierte idealistamente la determinación de la conciencia de la clase obrera, reduciéndola a la apariencia de sus avances y retrocesos. Y, como toda inversión idealista, sucumbe ante la crítica de la práctica.

Hoy, un año y medio después, la más cruda de las representaciones políticas impera, renovada, sobre el pueblo argentino. Las asambleas populares se han ido agotando, no sin que antes el culto por la horizontalidad dejara paso al

enfrentamiento por la representación política. Los escraches languidecieron hasta morir. Los clubes de trueque desnudaron su miseria mercantil en el más descarado despojo a sus participantes. La recuperación de fábricas por sus obreros se ha limitado a capitales de pequeña magnitud, cuya reproducción se ve posibilitada por las condiciones enajenadas que sus obreros se imponen a sí mismos. Por su parte, el movimiento piquetero muestra que su potencialidad transformadora no pasa de la de ser la forma necesaria de subsistencia cotidiana de la población obrera crecientemente sobrante para el capital, en donde hasta los defensores de la horizontalidad democrática acaban prisioneros del clientelismo político. Con la elección de Kirchner, la trascendencia de la progresividad política argentina se rebajó, a los ojos del mundo, a la fascinación por un presidente que es presentado como la reencarnación de las inmundicias de la “tercera vía”.

Entre los críticos del capitalismo, la euforia revolucionaria ha dejado paso al discurso autojustificativo y a la reproducción de la ilusión latente: la “incomprensión”, el “autoritarismo”, los “errores”, la “inconsecuencia”, la “falta de conciencia”, etc., de los otros, o el “apaciguamiento” que sigue a la rebelión, o la “fuerza” del enemigo; pero, eso sí, queda la “experiencia histórica” y, la “próxima vez”, ah, “la próxima vez”, con esta experiencia acumulada, ...

La conciencia de la clase obrera argentina no es sino la expresión de su ser social. Y éste se encuentra concretamente determinado por el modo específico en que se organiza la producción material de su vida. Para poner verdaderamente en evidencia las potencias históricas de la clase obrera argentina y, por lo tanto, para contestarse acerca del qué hacer respecto de la situación política actual para expresar en ella los intereses generales de la clase obrera, es necesario partir de contestarse por el carácter específico del proceso nacional argentino de acumulación de capital. No se trata de esperanzarse con que el grado alcanzado por la conciencia política del pueblo va a engendrar por sí el cambio en este proceso sino, por el contrario, de descubrir qué cambios en el mismo son los que han tomado forma concreta necesaria en el auge de la acción popular directa y, de ahí, conocer su potencialidad histórica.

La realidad de la economía argentina en el último cuarto de siglo¹

Los economistas neoliberales pretenden que la profunda crisis argentina no tiene más base que la falta de confianza interna y externa generada por el propio conflicto social. Presentan como prueba el crecimiento que tuvo el

volumen físico del PIB durante la década anterior. En efecto, en el promedio del período 90/01, el nivel de actividad económica superó en un 26% al del período 75/89 (caracterizado por el estancamiento) y en un 73% al del período 60/74 (de sostenida expansión). Ante semejante crecimiento, los propios economistas críticos del neoliberalismo han planteado que la crisis tiene su raíz en las condiciones de distribución: bastaría un *shock* de demanda, logrado vía una distribución del ingreso más equitativa, para que la economía argentina retomara la senda del crecimiento. Así, la violenta caída del 11% del PIB en 2002 es presentada como un tropiezo en el camino del crecimiento; camino que, apenas restablecida la “paz social”, ha sido retomado mediante el salto adelante del 9% durante 2003 y de casi otro tanto anunciado para 2004. Se diría que la evolución del volumen físico del PIB no hace sino confirmar que nos encontramos ante un proceso nacional de acumulación de capital que pugna por participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas sociales.

Sin embargo, bien sabemos que en las sociedades donde impera el modo de producción capitalista la riqueza social no se presenta simplemente bajo la forma de un cúmulo de valores de uso o bienes. Lo hace específicamente como un cúmulo de valor. Dicho de otro modo, es obvio que no basta con poseer más bienes para ser más rico; importa también el valor de estos bienes.

En términos reales de poder adquisitivo, el PIB promedio apenas creció un 24% desde el período 60/74 al 90/01. Peor aún, en el período 90/01 cayó un 10% por debajo del valor correspondiente al período 1975/89. Sí, durante el período de crecimiento sostenido de la escala de actividad, la economía argentina perdió una décima parte de su valor. Y para 2002 este valor se ubicó un 15% por debajo del nivel ya alcanzado en 1974. En síntesis, el volumen físico incrementado encierra una masa contraída de riqueza social. *El valor producido anualmente por la economía argentina ha permanecido estancado, y más bien en retroceso, durante el último cuarto de siglo.*

El valor del PIB de la Argentina alcanzaba en el 60/74 para comprar mensualmente 18 millones de las canastas de bienes y servicios sobre las que se computa el índice de precios al consumidor. En el 75/89, equivalía a 24 millones de canastas, cayendo en el 90/01 a 22 millones. Mientras, la población pasaba de 23 millones a 29 millones y 34 millones, respectivamente. *Estas evoluciones relativas implican una equivalencia de 0,77 canastas por habitante por mes en el período 60/74, de 0,84 en el período 75/89 y de sólo 0,64 en el período 90/01. Para 2002, esta equivalencia cayó a 0,55 canastas. En 1960, la economía argentina equivalía al 3,1% de la norteamericana; en 2001 sólo alcanzaba al 1,6%; en 2003 al 1,5%².*

Más aún, también sabemos que la producción capitalista no tiene por objeto la mera producción de valor, sino la producción de plusvalía. La plusvalía neta de los gastos corrientes de circulación (y a la que se suma el valor del capital fijo consumido durante el año) creció un 90% del período 60/74 al 75/89, pese a que el crecimiento del producto de valor no superó el 40%. Sin embargo, la contracción del 10% en el producto de valor entre 75/89 y 90/01 sólo permitió expandir la plusvalía neta un 8%, a expensas de la brutal caída del salario. En 2002, la contracción del 7% en el valor del producto, contrasta cruelmente con un aumento del 5% en la plusvalía disponible, al retroceder el salario un 20%; el salario real industrial se ubicó, así, en el 44% del nivel alcanzado en 1974. Para encontrar un salario industrial mensual de igual poder adquisitivo es necesario retroceder hasta 1933. Sí, hasta 1933.

La acumulación de capital sólo ha podido sostenerse durante el último cuarto de siglo a expensas de la compraventa sistemática de la fuerza de trabajo cada vez más por debajo de su valor. Por lo tanto, sólo ha podido sostenerse a expensas de minar la propia base de su reproducción normal. La clase obrera argentina se ha visto así progresivamente despojada hasta de la posibilidad de reproducir su fuerza de trabajo con los atributos productivos que había llegado a alcanzar. Resulta claro que, desde mucho antes de la crisis actual, el proceso nacional de acumulación de capital presenta una tendencia específica a la formación de una población obrera sobrante, y que la misma brota de manera inmediata del estancamiento y retroceso en la magnitud de valor que produce la economía argentina. *No es simplemente la escala de la economía argentina la que choca contra un límite específico a su expansión, sino que es la propia acumulación de capital la que lo hace.*

La especificidad de la acumulación de capital en la Argentina³

A primera vista, la economía argentina parece corresponder a un desarrollo nacional normal del capital industrial. Presenta una marcada tendencia hacia la centralización del capital, con fuerte presencia de los capitales más concentrados del mundo. Pero estos capitales producen esencialmente en una escala restringida al tamaño del mercado interno. Sólo exportan en base a programas especiales de promoción o bajo condiciones coyunturales excepcionalmente favorables. Salta a la vista aquí la primera peculiaridad: ¿cómo se explica que, en un mercado interno que hoy apenas alcanza a los 38 millones de habitantes, de los cuales la mitad se encuentra por debajo de la línea de pobreza, haya habido espacio para las fábricas de todos estos capitales concentrados?

La respuesta se encuentra en la pequeña escala con que operan las fábricas locales en comparación con las que las mismas empresas utilizan para producir para mercados internos sustancialmente mayores o directamente para el mercado mundial. De hecho, buena parte de las fábricas locales se encuentran montadas con el equipamiento que las mismas empresas han desechado por obsoleto en sus países de origen ante la expansión de la escala de producción. Pero pequeña escala, y sus secuelas sobre la actualización técnica, significan menor productividad del trabajo. A su vez, ésta significa mayores costos y, luego, la imposibilidad de valorizar el capital a la tasa general de ganancia.

La presencia de los capitales más concentrados del mundo, pero que producen en el país en la pequeña escala correspondiente al mercado interno, ha caracterizado a todo el sector industrial argentino durante los últimos cuarenta años. Por lo tanto, en la economía argentina debe existir un flujo de riqueza social adicional a la plusvalía apropiada de manera simple por los capitales industriales, que los compensa por los mayores costos originados por su escala particularmente restringida.

Hoy día, este flujo surge en buena medida de la caída del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Pero ni siquiera así la baratura relativa de la fuerza de trabajo nacional puede ser, ni mucho menos haber sido históricamente, su fuente principal. De haberlo sido, los capitales industriales normalmente concentrados -capitales medios- no habrían restringido su producción local al mercado interno. Habrían producido desde el país para el mercado mundial.

En cambio, la presencia masiva de pequeños capitales locales ha sido uno de los rasgos específicos del proceso nacional argentino de acumulación de capital. Si el precio de producción de sus mercancías se ubica por encima del que corresponde a la capacidad de valorización normal concreta de estos capitales (regida esencialmente por la tasa de interés), la porción de plusvalía correspondiente pasa a los capitales más concentrados que se vinculan con ellos en la circulación⁴. Esta ganancia extraordinaria constituye la segunda fuente de compensación para los capitales medios pero que operan en el país con una escala específicamente restringida.

Pero la fuente esencial de compensación la constituye la renta diferencial de la tierra agraria de la pampa argentina (en el último cuarto de siglo se ha sumado la de las tierras que contienen petróleo, gas y fuentes de energía hidroeléctrica). La asociación en la apropiación de la renta entre los terratenientes y el capital industrial que aquí opera con una escala restringida, es la base sobre la que se ha levantado la especificidad del proceso nacional

argentino de acumulación de capital. Es, por lo tanto, la base de su retroceso y crisis actual.

La apropiación de la renta diferencial de la tierra por el capital industrial ha seguido distintos caminos. Algunos de ellos la hacen pasar primero por las manos del estado nacional vía impuestos especiales a las exportaciones agrarias o el monopolio del comercio exterior. De allí siguen su curso hacia los capitales industriales bajo la forma de subsidios, las compras realizadas por el estado y sus empleados, etc. En otros casos, el estado rige este curso de apropiación de manera indirecta. Por ejemplo, mediante precios regulados o mediante la generación de déficit público cubierto con emisión monetaria que convierte a la tasa de interés real en fuertemente negativa, siendo los terratenientes colocadores netos de capital a préstamo. O, también, mediante la sobrevaluación de la moneda nacional que implica la importación abaratada de insumos industriales y la multiplicación cambiaria de las ganancias remitidas al exterior. Esta última fue la modalidad imperante durante la década pasada y la que en 2001 entró en una crisis violenta.

Las modalidades de apropiación de la renta de la tierra que hemos mencionado no afectan la capacidad normal concreta de valorización del capital agrario, pero si limitan su aplicación extensiva e intensiva sobre la tierra. Lo cual, a su vez, repercute negativamente sobre la innovación técnica. Por su parte, los capitales industriales que producen mercancías en general tienen su escala específicamente restringida al tamaño del mercado interno. De modo que dentro del ámbito nacional sólo caben capitales industriales que operan con escalas ya superadas a nivel mundial por el desarrollo de la productividad del trabajo. En unos casos, por tratarse simplemente de pequeños capitales. En los otros, por tratarse de fragmentos particularmente restringidos de capitales medios.

Estos últimos capitales logran así acumularse liberados de los costos que les impone su papel histórico en el desarrollo de las fuerzas productivas. Sin ir más lejos, pueden convertir algo que ya es chatarra en sus países de origen, en un capital flamante listo para valorizarse a la tasa general de ganancia, cuando no a una extraordinaria, gracias a la forma específica que toma la acumulación aquí. Bajo la apariencia de tratarse de un proceso nacional ordinario de desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, cuya peculiaridad se reduce a basarse en una abstracta «sustitución de importaciones», el proceso argentino de acumulación de capital actúa como un factor contrarrestante a ese desarrollo.

Esta contradicción se manifiesta también de manera específica respecto de la centralización del capital. Esta tiende a liquidar a los pequeños capitales,

estrangulando la plusvalía liberada por ellos y que aporta a la valorización de los capitales más concentrados. Pero, al mismo tiempo, la concentración y centralización interna del capital no alcanza para evitar la profundización de la brecha entre la productividad del trabajo acotada por el tamaño del mercado interno y la que corresponde a la producción para el mercado mundial. Por su parte, la privatización de las empresas públicas ha borrado el papel del estado en la multiplicación del mercado interno. En cambio, ha sumado nuevos capitales privados que demandan su cuota en la apropiación de la renta de la tierra, el valor de la fuerza de trabajo y la ganancia liberada por los pequeños capitales.

Pero hay un factor que agudiza la contradicción inherente al proceso argentino de acumulación de capital. A comienzos de la década de 1970 la renta de la tierra agraria aumentó de manera substancial, multiplicándose por ocho la parte apropiada por el capital industrial en el período 72/76 respecto del promedio del período 60/71. Pero, a partir de este pico, la renta de la tierra agraria viene retrocediendo a nivel mundial. Esta contracción resulta básicamente de dos procesos. Por una parte, el capital ha logrado fragmentar internacionalmente los procesos de producción, incorporando fuerza de trabajo barata y con una jornada de trabajo más prolongada para realizar el trabajo más simple; por ejemplo, en el sudeste y este asiáticos, México, etc.⁵ Esta incorporación ha hecho crecer más lentamente el consumo de mercancías agrarias. Por la otra parte, la productividad del trabajo agrario basada en la independencia respecto de los condicionamientos naturales diferenciales ha crecido de manera acelerada, sostenida por las políticas de la Unión Europea y los Estados Unidos.

Con la renta de la tierra en descenso y su requerimiento de ella en ascenso, la escala de la acumulación de capital va perdiendo su base específica de sustento y entra en la misma pendiente. Lo cual no hace sino encoger más aún la ganancia liberada por el pequeño capital y multiplicar la separación entre la escala del mercado interno y el mundial. Se agudiza así el estancamiento y contracción de la economía nacional. La consecuente multiplicación de la superpoblación obrera permite que el pago de la fuerza de trabajo por debajo de su valor se constituya en el factor clave de compensación para los capitales que operan internamente.

A su vez, la sobrevaluación del peso no sólo actúa como mediadora en la apropiación de la renta de la tierra, sino que atenúa el carácter restringido de la escala interna. Tiene este efecto vía la importación de medios de producción pagados con el peso sobrevaluado y con aranceles rebajados, lo cual los abarata

doblemente respecto de su producción local. Otro tanto ocurre con la disminución del valor de la fuerza de trabajo a través de la importación de medios de vida para los obreros. De modo que, así como el proceso nacional de acumulación extiende su reproducción en base a la sobrevaluación y la apertura importadora, esta base no hace sino agudizarle su propia estrangulación.

Para mantener la moneda nacional fuertemente sobrevaluada por diez años se requiere de una reserva de divisas cuya magnitud contenga cualquier corrida cambiaria. Pero una economía nacional cuya magnitud de valor retrocede, cuya reproducción requiere de la expansión de las importaciones, y con la renta de la tierra tendiendo a contraerse, no tiene modo de generar esas reservas por sí misma. ¿De dónde las obtenía la economía argentina? La respuesta reside en la expansión real de la deuda pública externa.

Existe la idea -crítica en apariencia- de que el pago de los servicios de la deuda externa pública ha implicado una sangría permanente de riqueza hacia el exterior, que ha acabado por causar el colapso de la economía nacional. Sin embargo, a partir de la década de 1960, la Argentina ha recibido un flujo neto continuo de riqueza social vía el crecimiento efectivo del endeudamiento público externo por encima de los vencimientos de capital e intereses⁶. Fue con estos fondos adicionales, más el producto de la privatización de las empresas públicas a manos de capitales extranjeros, que el estado nacional formó las reservas que sostenían la sobrevaluación. Pero la sobrevaluación misma actuaba como un estímulo al flujo de divisas hacia el exterior por parte del sector privado. De modo que, tan pronto como el estado nacional engrosaba las reservas mediante el aumento real de su endeudamiento externo, el sector privado las drenaba hacia el exterior. Lo cual renovaba constantemente la necesidad de ampliar dicho endeudamiento, sólo para mantener la sobrevaluación del peso.

Este círculo vicioso de apropiación privada de riqueza social a través de la política activa del estado nacional neoliberal, se sostenía sobre dos ficciones, una externa y la otra interna. La externa brotaba del avance de la superproducción general de capital en la economía mundial. El capital producido en exceso pasa a circular como capital ficticio, o sea, como un capital colocado en títulos de crédito que aparenta conservar su capacidad de valorización por la mera adición de unos intereses tan irrealizables como él mismo. Mientras la expansión del capital ficticio podía seguir pareciendo un proceso de acumulación basado en el crédito, el estado argentino lograba obtener las divisas adicionales para reponer sus reservas. Pero en 2001 la superproducción general entró en crisis, contrayéndose el flujo mundial de capital ficticio. Por su parte, el acceso ampliado a este capital tenía como condición la capacidad aparente de la economía

nacional para afrontar los servicios correspondientes. Pero la realidad también se abrió paso aquí. Se agotaron los bienes públicos privatizables. El choque del proceso nacional de acumulación de capital contra su límite específico se hizo notable en el estancamiento y retroceso del valor del producto interno y, de manera brutal, en el crecimiento del desempleo. Y contra este estancamiento y retroceso resaltaba cada vez más el continuo crecimiento de la deuda externa pública. A su vez, esta evidencia arrastraba a la tasa de interés, aumentando el saldo de la deuda de manera explosiva.

La crisis mundial y la crisis nacional, agudizada como expresión específica de la primera, tomaron insostenible la expansión efectiva de la deuda para reponer las reservas de divisas drenadas por el sector privado. Este proceso dio sus dos últimos estertores: el “blindaje” y el “megacanje”. La imposibilidad de una nueva expansión efectiva explotó, entonces, como una crisis del endeudamiento público externo. La evidencia de que el estado nacional no podía reponer las reservas aceleró su drenaje privado, haciendo más evidente aún que la sobrevaluación del peso marchaba a su fin. Comenzó entonces la corrida contra los depósitos bancarios para convertirlos en dólares verdaderos, aun cuando ellos se encontraban nominados en moneda extranjera y bajo la protección de los mayores capitales bancarios del mundo. Se trataba de dos ficciones más que a esa altura resultaban insostenibles.

El capital bancario demandó al estado nacional que le preservara la ficción de su solvencia. El estado respondió imponiendo el “corralito” a los depósitos. La crisis económica explotó por todos lados: se cortó todo crédito, cayó violentamente la recaudación impositiva, se multiplicaron las quiebras y cierres de empresas, la desocupación no paró de crecer, etc. La inminencia de la devaluación anunciaba una mayor caída del salario real, aumento de costos y pérdidas incontrolables en una economía nacional que tenía la generalidad de sus contratos internos nominados en moneda extranjera.

¿Qué forma política iba a tomar este proceso que conjugaba una caída substancial del salario real, una violenta contracción en la actividad económica y el *default* internacional?

La representación política de la acumulación de capital en la Argentina

En sus orígenes, la clase terrateniente ejercía la representación política general del proceso nacional de acumulación de capital. Pero a medida que el capital industrial fue tomando peso en su condición de socio en la apropiación

de la renta de la tierra agraria, los terratenientes quedaron relegados a un lugar secundario.

El desarrollo del ámbito nacional como un espacio para la acumulación de los capitales normalmente concentrados a escala mundial pero que desprenden fragmentos de sí para ponerlos a valorizar aquí del modo específico visto, tenía por condición la presencia masiva del pequeño capital. Esta presencia da al mercado interno el tamaño mínimo necesario y se constituye en una de las fuentes de apropiación de plusvalía que compensa la escala específicamente restringida con que van a operar dichos fragmentos. Históricamente, entonces, el desarrollo de la especificidad actual de la acumulación de capital en la Argentina pasó por la transformación general de la renta de la tierra en una masa de pequeños capitales nacionales. Esta expansión del pequeño capital no sólo absorbió a la población obrera ya en activo sino que la multiplicó en masa. Se presentó, así, como la base misma de generación de la clase obrera argentina.

La pequeña burguesía y la clase obrera nacionales confluyeron entonces en la expresión política general con que se consolidó la génesis de la especificidad del proceso nacional de acumulación de capital durante la década de 1940: el populismo peronista.

De allí en más, la reproducción inmediata de la clase obrera argentina como una población obrera en activo, y la de la pequeña burguesía nacional como tal, quedó ligada a la reproducción de la especificidad del proceso nacional de acumulación. Y esta reproducción engendró la entrada masiva de los capitales que operan fragmentados en el país, a partir de la década de 1950. Por su origen externo, estos capitales no pueden estar representados políticamente en el país por su propia burguesía. Pero, con su acumulación puesta como condición para la reproducción de la economía nacional, pueden delegar su representación política interna en el mismo movimiento populista y en el cuerpo diplomático de sus países de origen. El «desarrollismo» expresó plenamente esta representación política. Más aún, en todo momento, la apropiación de la renta de la tierra se ha realizado con la mediación de la acción del estado nacional como representante político general del capital total que se valoriza en el país. La propia burocracia estatal, en particular la armada, cobró así la capacidad para detentar la representación política general de la acumulación nacional de capital. Cuando esta acumulación florecía por la expansión circunstancial de la renta de la tierra, su expresión política general quedaba en manos de un gobierno democrático populista con presencia dominante de los representantes de la pequeña burguesía y la clase obrera. El populismo de estos

gobiernos era más vigoroso o más tibio -proscripción política del populismo pleno de por medio- según la intensidad presentada por la fase expansiva correspondiente. Cuando llegaba el momento de la contracción, dicho lugar lo ocupaba una dictadura militar en la cual participaban activamente los directivos locales de los capitales extranjeros y los siempre presentes pequeños burgueses nacionales cuyos capitales están lo suficientemente concentrados como para valorizarse de manera semejante a la de aquéllos.

Como producto de la especificidad del proceso nacional de acumulación, la izquierda argentina no ha pasado de representar políticamente la reproducción de esa especificidad. En esta reproducción no le cabía ser el representante político general de la clase obrera. Su papel específico se encontraba acotado a ponerse al frente de las luchas por el salario y el gobierno democrático con que se abrían las fases expansivas, bajo la apariencia de que estaba en juego la superación del modo de producción capitalista mismo. Pero cuando la expansión se consolidaba, los partidos de izquierda se veían sobrepasados por el simple populismo. Y en cuanto comenzaba la contracción, se convertían en el chivo expiatorio sobre el que se imponía la dictadura militar.

De hecho, no ya la oscilación entre fases expansivas y contractivas, sino la tendencia al estancamiento y retroceso de la economía argentina, comenzó hace un cuarto de siglo bajo la forma política de la instauración de la más sangrienta de las dictaduras militares. Esta se impuso sobre la apariencia de que la expansión del proceso nacional de acumulación daba curso a su superación socialista. De ahí en más, la reproducción de la especificidad de la economía argentina arrastró tras de sí la liquidación creciente de la pequeña burguesía y la transformación acelerada de la clase obrera en una población sobrante para las necesidades del capital. Pero ambas clase siguen sujetas, en la reproducción inmediata de lo que les queda, a la reproducción de la especificidad del proceso nacional de acumulación. La alianza entre la pequeña burguesía y la clase obrera sigue detentando la representación política general de este proceso. Pero ahora, los períodos de expansión circunstancial de la renta ya no alcanzan a revertir las manifestaciones del carácter sostenido del retroceso. Con lo cual la democracia adquiere continuidad pese a la profundización de las crisis. Es así que, a través del discurso populista, toma forma política concreta la realización cada vez más descarnada de un proceso de acumulación de capital que sólo puede reproducir a la pequeña burguesía y a la clase obrera a expensas de aniquilarlas aceleradamente en abierto beneficio de los capitales más concentrados.

En 1976, sólo una sangrienta dictadura militar sistemáticamente dedicada a hacer desaparecer a los delegados gremiales de base, pudo bajar el salario real en un 35% respecto del nivel que había alcanzado en el trienio 73/75. En la década del 90, el salario real pasó a tener de manera normal un nivel que llevó esa caída al 40%. Pero, ahora, este nivel más deprimido aún se alcanzó y mantuvo a través de la acción de un gobierno peronista, encabezado por el partido Justicialista, que representa políticamente de manera masiva a la clase obrera nacional. Y la misma caída se prolongó con otro gobierno democrático, el de la Alianza opositora al Justicialismo, para el que, ser progresista, se reducía a enunciar la administración honesta de la miseria progresiva. Tal el grado de debilitamiento sufrido por la fuerza política y sindical de la clase obrera argentina a lo largo del último cuarto de siglo.

Sin embargo, la devaluación inevitable iba a originar una caída del salario real de tal magnitud que sólo podía regirla un gobierno capaz de garantizar la parálisis absoluta del movimiento obrero. Y esta capacidad le corresponde al peronismo. Al mismo tiempo, tampoco podía declarar el *default* internacional el gobierno que venía renegociando la deuda externa sobre la base de mantener la convertibilidad a rajatabla. Por el contrario, dada su naturaleza, la devaluación y la cesación de pagos necesitaban tomar la forma política de una afirmación de la autonomía nacional. Otra vez, el populismo peronista era la expresión política apropiada. Pero el gobierno de la Alianza se encontraba en medio de su mandato. De modo que el peronismo sólo podía llegar al poder ejecutivo previo derrocamiento del presidente De La Rúa.

¿Un golpe militar? Para qué, si la sola presencia de un 18% de desempleo como base para la multiplicación de la población sobrante que iba a generar la reproducción del proceso nacional de acumulación garantizaba la debilidad de toda resistencia obrera, hasta el punto de que dicha multiplicación podía regirla el partido político del propio movimiento sindical. Por el contrario, el derrocamiento no sólo habría de tomar una forma democrática. Habría de aparecer como la expresión más plena del ejercicio democrático por las propias bases sociales del gobierno de la Alianza: una crisis de la legitimidad de la representación política sobre la cual se impusiera el ejercicio de la democracia directa por la pequeña burguesía y la porción de la clase obrera con mayor calificación laboral.

Sin embargo, a esta crisis política le faltaba un detonante, que no podía quedar librado a la acción espontánea y horizontal de dichos sujetos sociales. Este papel lo iban a jugar los saqueos. Los saqueos tuvieron muy poco de acción política espontánea. Y, menos, de organización política horizontal. Por

cierto, tuvieron en su base la situación de miseria desesperante a la que la marcha de la acumulación de capital estaba condenando a la población obrera argentina. Pero resulta por demás expresivo que, después de diciembre, no se produjeron nuevos saqueos pese al aumento marcado de la desocupación y la caída brutal del salario real.

Los saqueos se concentraron en la periferia, penetrando hasta los barrios más empobrecidos de la ciudad de Buenos Aires. En la provincia de Buenos Aires, los saqueos fueron impulsados por el aparato del partido Justicialista, cuya dirección ejercía Duhalde. Los punteros políticos del justicialismo convocaron a la población anunciando la distribución de víveres, y luego lanzaron a sus cuadros como punta de lanza del saqueo⁷. El 19 de diciembre, la ciudad se vio dominada por los rumores, cuidadosamente difundidos, de que los saqueadores iban a avanzar sobre los comercios y viviendas de los barrios más prósperos. Toda la ciudad se preparó: aun en pleno centro financiero, los comercios cerraron temprano y reforzaron sus cortinas metálicas. En los barrios periféricos, los vecinos pasaron la noche en vela formando grupos de vigilantes. El presidente declaró el estado de sitio y ofreció la cabeza del ministro Cavallo. Pero insistió en que no iba a dejar el poder; un poder ya socavado hasta el grotesco. Y, en este clima, explotaron los cacerolazos espontáneos de la pequeña burguesía y de los obreros calificados. A los cacerolazos siguió la marcha sobre Plaza de Mayo, donde el gobierno reprimió brutalmente a sus propias bases sociales. El presidente huyó al grito de “que se vayan todos”.

Pero no se fueron todos. Caído el gobierno, la mayoría peronista del Congreso, con el apoyo de los legisladores de la Alianza derrocada, eligió como presidente a Rodríguez Saá. Este se presentaba como la reencarnación del populismo nacionalista. Rodríguez Saá declaró el *default*, festejado como un triunfo nacional por los mismos legisladores que habían sostenido la política neoliberal de Menem. Pero, declarado el *default*, la reproducción del proceso nacional de acumulación de capital imponía la reapertura de las negociaciones con el FMI. Y así como el movimiento sindical aparecía como el pilar del populismo nacionalista, se imponía ahora su docilidad acompañando la violenta caída del salario real y la expansión del desempleo. Apenas en una semana, ya se le había agotado el tiempo al populismo nacionalista para expresar políticamente dicha reproducción. La misma estructura política que había designado a Rodríguez Saá, le retiró el apoyo. Su vinculación con la burocracia sindical y otros adláteres con frondoso prontuario policial bastaron para desencadenar otro cacerolazo de la pequeña burguesía y la porción de la clase obrera con mayor calificación laboral. Le llegó así a Rodríguez Saá el turno de renunciar.

La Asamblea Legislativa designó como presidente a Duhalde. O sea, a la cabeza del aparato político que inició la acción popular directa. Con la cesación de pagos declarada, Duhalde ya se encontraba en condiciones de devaluar y de reiniciar las negociaciones con los acreedores internacionales. La violenta contracción económica, la declaración del *default* y la caída del salario real habían desarrollado ya su forma política necesaria.

En la caída del gobierno el 20 de diciembre de 2001 confluyeron dos formas de acción política popular. En las zonas de mayor pauperismo y alejadas del centro de la ciudad, los saqueos. Estos fueron articulados por una organización política que se ha ido consolidando con el propio deterioro de las condiciones de reproducción de la población obrera, basada en una compleja relación donde confluyen acción política, clientelismo, delincuencia común, delincuencia policial y “barras bravas”⁸. En las zonas más prósperas y cercanas al centro de la ciudad, los cacerolazos y la marcha sobre la Plaza de Mayo. En este caso, se trató de un movimiento espontáneo que convergió con la movilización de los partidos de izquierda bajo la consigna “que se vayan todos”. A través de la unidad de determinación de estas dos acciones políticas, de forma y contenido aparentemente contrapuestos, el proceso nacional de acumulación de capital se ha reproducido, una vez más, sobre su base específica.

Qué crisis de la representatividad política

La profunda crisis en que se reprodujo la modalidad específica tomada por la acumulación de capital en la Argentina alcanzó así su punto culminante como una crisis general de la legitimidad de la representación política formal.

La corrupción es inherente al modo de producción capitalista, donde cada uno lleva en el bolsillo su relación social general. Pero la valorización de los capitales que compensan su escala insuficiente al apropiarse la renta de la tierra por la mediación política del estado exacerba específicamente la corrupción relacionada a toda forma de poder emanado del aparato del estado. Más aún, su exhibición se convierte en expresión del poder social del que se dispone. Y cuanto más choca la acumulación nacional de capital con su límite específico, más agudo se torna en ella el papel jugado por el ejercicio descarado de la representatividad política en beneficio personal.

La crisis de legitimidad de la representatividad política no surgió entonces como expresión de la conciencia acerca del límite específico que presenta el proceso nacional de acumulación de capital. Surgió bajo la apariencia de que la crisis económica ha nacido de la incapacidad de los representantes políticos

para reproducir las viejas condiciones de vida de la pequeña burguesía y la clase obrera, por despilfarrar la riqueza social en beneficio propio y de los capitales que compran sus servicios. Se pretende entonces la reproducción de la especificidad de la economía argentina libre de las consecuencias forzadas de esa reproducción. La impotencia de esta pretensión es el verdadero contenido del “que se vayan todos” como propuesta de acción política ante la crisis.

El abismo entre la apariencia y la esencia del “que se vayan todos” pone en evidencia el verdadero contenido de las ilusiones acerca de que a partir del 19 y 20 de diciembre el pueblo argentino ha dado un salto cualitativo en el desarrollo de su conciencia política respecto de tomar el poder en sus propias manos. Más aún, que ha dado este salto en su capacidad para superar al capitalismo mismo. Y ni que hablar de las ilusiones acerca de que ha avanzado en esta capacidad precisamente por haberse afirmado contra el ejercicio del poder. Muy al contrario de estas ilusiones, el “que se vayan todos” expresa en realidad la impotencia para tomar el poder en las propias manos.

Las elecciones presidenciales de 2003 muestran que la reproducción cada vez más degradada de la especificidad de la acumulación de capital en la Argentina ha vuelto a expresarse simplemente en su representación política general. El supuesto salto adelante en la acumulación de conciencia transformadora se ha desarrollado en el resurgimiento de las ilusiones y esperanzas acerca de esta representación. La realidad de la brutal caída del salario y el aumento del desempleo se van desdibujando en la ilusión de un crecimiento renovado; es decir, en la ilusión de un producto que, para 2004, las proyecciones más optimista ubican todavía por debajo del alcanzado antes de la profunda crisis de 2001.

El capital

Puede parecer que la muy distinta conclusión a la que llegan quienes creen descubrir en el “que se vayan todos” el germen de la superación del capitalismo y lo expuesto aquí surge de un diferente enfoque respecto del proceso de acumulación de capital en la Argentina. Pero la diferencia tiene raíces mucho más profundas. Nace de ver al capital mismo desde perspectivas muy distintas.

La primera posición adhiere a una teoría fuertemente difundida hoy día entre los críticos del capitalismo. Esta teoría afirma que el modo de producción capitalista sólo se sostiene en la imposición de una relación social de dominación sobre los sujetos sociales a los que fuerza a reproducir su vida a través de la

mediación del trabajo abstracto representado en el dinero. El estado y la ley se conciben como otras tantas formas de esta imposición.

Desde este punto de vista, la existencia actual del modo de producción capitalista no tiene más razón de ser que la mediación de la “lógica” que el capital fuerza en la determinación de los sujetos sociales como tales. Con lo cual, el enfrentamiento con el poder constituido aparece como teniendo por contenido la autoafirmación de una subjetividad abstractamente libre por sobre la subordinación a la mediación capitalista.

La perspectiva cambia radicalmente cuando enfrentamos a la formación económica de la sociedad como un proceso histórico natural⁹. La historia natural humana es la historia de la transformación de las condiciones materiales de la vida social mediante el trabajo. El desarrollo del ser humano como sujeto histórico no es sino el desarrollo de su capacidad para actuar consciente y voluntariamente sobre el medio, a fin de transformarlo en un medio para sí. En otras palabras, es el desarrollo de la condición como sujeto de la producción, o sea, de la subjetividad productiva humana. Este desarrollo es el único punto de partida concreto materialista, y por lo tanto científico¹⁰, para producir la conciencia respecto de cualquier movimiento histórico.

El modo de producción capitalista empieza por disolver toda organización general directa del trabajo social basada en las relaciones de dependencia personal. Le da así a cada fragmento especial de éste la forma concreta de trabajo privado realizado con independencia respecto de los demás. La asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus distintas formas concretas útiles se organiza entonces mediante un sistema autónomo. Al ser realizado de manera privada e independiente¹¹, el trabajo abstracto socialmente necesario - simple gasto productivo de cuerpo humano cualquiera sea la forma concreta en que se lo realice¹² y, como tal, condición natural para la vida humana cualquiera sea la modalidad social que rijan a ésta¹³ - adquiere una forma social históricamente específica. Una vez materializado en sus productos, dicho trabajo aparece representado como la aptitud de éstos para relacionarse entre sí en el cambio, poniendo así en relación social a sus propios productores privados e independientes¹⁴. Esto es, se representa como el valor que determina a los productos del trabajo social realizado privadamente como mercancías¹⁵.

Necesitada de producir valor, la libre conciencia y voluntad individual del productor que organiza privada e independientemente su trabajo se encuentra sujeta a una determinación que le es históricamente específica. Debe someterse a la necesidad que le impone la forma de valor tomada por su propio producto

material. Debe actuar como personificación de su mercancía. El productor de mercancías se encuentra libre de toda servidumbre personal porque es el sirviente de las potencias sociales de su producto. Así como la voluntad del productor tiene pleno dominio sobre el ejercicio privado e independiente de su trabajo individual, se encuentra sometida por completo a las potencias sociales del producto de este trabajo. Desde el punto de vista de la participación del productor privado e independiente en el trabajo social, su conciencia y voluntad sólo cuentan en cuanto él personifica las potencias de su mercancía. La potencia productiva de su trabajo social se enfrenta a los propios productores como una potencia que les es ajena, como una potencia encarnada en sus mercancías. La conciencia y voluntad libres del productor de mercancías son las formas concretas en que existen su conciencia y voluntad enajenadas.

La producción social no tiene ya por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la producción de la relación social general misma, la producción de valor. Y la producción de valor tiene su forma acabada en la valorización del valor, o sea, en la producción de plusvalía. El producto material del trabajo social portador de la relación social general se convierte, así, en el sujeto concreto de la producción y el consumo sociales, en capital.

Como individuos libres e independientes, los obreros asalariados entran en relación social general como personificaciones de la única mercancía de que disponen para vender, su fuerza de trabajo. Por lo tanto, la clase obrera no puede tener más potencias revolucionarias históricamente específicas que las que les da su propia relación social general, o sea, la producción de plusvalía. Puesto del derecho, la historia de la producción de plusvalía es la historia de la producción de las potencias revolucionarias materiales de la clase obrera y, por lo tanto, de su conciencia y voluntad revolucionarias¹⁶.

Pero no se trata simplemente del desarrollo de la subsunción formal del obrero en el capital. La producción de plusvalía relativa subsume realmente al obrero en el capital¹⁷. Aun como clase y en su proceso de consumo individual, los obreros son atributo del capital¹⁸, que los produce y reproduce como seres humanos, o sea, como poseedores de conciencia¹⁹. Tanto, que hasta rige la ley de su reproducción biológica²⁰. Bajo la apariencia propia de la circulación de las mercancías de tratarse de una conciencia libre, la conciencia y voluntad del obrero está determinada como la forma concreta necesaria de la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital; o sea, de su propia relación social general objetivada que se ha convertido en el sujeto concreto enajenado de la vida social.

En pos de producir plusvalía relativa, el capital revoluciona constantemente las condiciones materiales de producción. Tanto que, con el desarrollo del sistema de la maquinaria, revoluciona la naturaleza misma del trabajo. Este deja de *consistir esencialmente en la aplicación de la fuerza humana de trabajo sobre su objeto para transformarlo. Pasa a tener su eje en la aplicación de la fuerza humana de trabajo al control científico de las fuerzas naturales y a la objetivación del mismo en la maquinaria, de modo de hacer actuar automáticamente a las fuerzas naturales sobre el objeto para transformarlo*²¹. Con lo cual, *el productor de mercancías pasa a ser un individuo colectivo, formado por obreros doblemente libres -en el sentido de no estar sometidos al dominio personal de nadie y de estar separados de los medios de producción-, que realiza su trabajo de manera privada e independiente. Como tal productor privado independiente tiene dominio pleno sobre su proceso individual de trabajo en tanto sujeto colectivo pero carece de todo control sobre el carácter social general del mismo. Por ello, debe someter su conciencia y voluntad de colectivo de individuos libres al dominio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, el capital: tiene que producir plusvalía. La conciencia y voluntad libres de los miembros del obrero colectivo son la forma concreta de su conciencia enajenada en el capital*²².

La transformación de la naturaleza del trabajo y del productor de mercancías pone en evidencia la razón histórica de existir del modo de producción capitalista: *la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo colectivo conscientemente organizado por el mismo obrero colectivo que lo realiza, bajo la forma contradictoria del desarrollo del trabajo social como trabajo privado*²³. Esta socialización contradictoria tiene por forma necesaria la centralización del capital. La acción revolucionaria de la clase obrera es la forma concreta necesaria en que la referida revolución constante en la materialidad de los procesos de trabajo – que al mismo tiempo implica su socialización directa – desarrolla su necesidad de organizarse como una potencia directamente social que trascienda los límites de su forma privada capitalista. Por lo tanto, esta acción revolucionaria es la forma concreta necesaria en que el modo de producción capitalista realiza su necesidad histórica de superarse a sí mismo en su propio desarrollo, engendrando la organización consciente general de la vida social.

El curso de este proceso no pasa por la abstracta posibilidad de que la clase obrera le de la espalda a su propio ser social y a las potencias revolucionarias de las que es portadora, en nombre de la abstracta libertad propia de la

circulación. Esta supuesta acción implica, en verdad, la pretensión de volver a la enajenación del trabajo productor de mercancías carente de las potencias históricas del modo de producción capitalista (de ahí la fascinación con los clubes de trueque y la pequeña producción).

El curso pasa por que la clase obrera tome en sus propias manos su relación social general enajenada, o sea, se apropie del capital social. Cosa que sólo puede hacer centralizando el capital como propiedad del estado²⁴. Y si el estado nacional le queda obviamente chico, la acción política de la clase obrera en pos de la socialización absoluta del trabajo privado debe apuntar necesariamente a la superación de los estados nacionales en el estado mundial que centralice la totalidad del capital social mundial. La negativa ideológica a tomar el poder del estado en tanto representante político del capital social, tan de moda hoy día, no es expresión de la potencia de un movimiento social para superar el capitalismo. Lo es de su impotencia para hacerlo²⁵.

La negación a la clase obrera argentina de sus potencias históricas genéricas

La ilusión acerca de que la consigna «que se vayan todos» podría haber sido desarrollada mediante la acción política inmediata hasta convertirla en la conciencia de la clase obrera argentina respecto de su necesidad histórica de superar al capitalismo cae en la más cruda inversión idealista. La clase obrera no tiene más relación social general que la acumulación de capital. Esta es la que le determina su propio ser social como sujeto revolucionario. De modo que las potencias históricas de la clase obrera no brotan de manera exterior a la acumulación misma. Por el contrario, la clase obrera sólo puede superar al capitalismo porque éste le impone tomar en sus manos la realización de su propia razón histórica de existir.

Pero, en oposición a la potencia histórica genérica del modo de producción capitalista, la acumulación de capital se ha desarrollado en la Argentina en base a la exclusión del país de la operación del capital industrial con la escala requerida para participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Hacia ella ha fluido una masa extraordinaria de riqueza social bajo la forma de renta diferencial de la tierra agraria. Pero en vez de transformarla en un capital concentrado en la escala demandada por dicho desarrollo, el capitalismo argentino la ha despilfarrado alimentando capitales cuya misma existencia implica retroceder en él. En primer lugar, ha alimentado a los pequeños capitales, incapaces ya de poner en acción la productividad normal

del trabajo por la insuficiencia de su monto. En segundo lugar, ha alimentado a los capitales de monto normal en su escala mundial pero que se fragmentan como pequeños capitales para operar en el país, liberados así de su necesidad genérica de desarrollar la productividad del trabajo para valorizarse. Por lo tanto, este despilfarro ha llevado en sí la negación del desarrollo histórico de las fuerzas productivas de la sociedad que le cabe al modo de producción capitalista.

La reproducción de la especificidad

Durante el último cuarto de siglo la acumulación de capital en la Argentina ha reproducido su base específicas recurriendo a fuentes tan precarias como el endeudamiento externo desaforado y la malversación de las empresas públicas, y tan infames como la acelerada miseria de la clase obrera. Poco precio, sin duda, para capitales que por su concentración podrían llegar a producir desde el país en la escala correspondiente al mercado mundial pero que así perderían la ventaja que han venido obteniendo, al valorizarse en base a la especificidad actual. Dejarían de contar con un proceso nacional de acumulación que les permitiera convertir su chatarra en capital que puede valorizarse, incluso, a una tasa extraordinaria de ganancia. Sólo ante el agotamiento absoluto de esta fuente de valorización que los libera de los costos implicados por el desarrollo de las fuerzas productivas, los capitales que operan con una escala normal en otros países podrían tener interés en convertir a sus fragmentos locales en masas concentradas en esa escala. Ni siquiera el sustancial abaratamiento del costo laboral en dólares con la devaluación les ha resultado suficientemente tentador como para revertir sus bases de valorización. Hoy, este abaratamiento, sumado a la suba circunstancial de la renta de la tierra, apenas si ha reverdecido a la “sustitución de importaciones”. Ocurre que fuerza de trabajo barata pueden conseguir en muchos lados, acumularse a contrapelo de su papel histórico en la magnitud con que lo hacen en la Argentina, no.

Sobre esta base, la regeneración del Mercosur no pasa de ser el modo de extender la reproducción de la misma especificidad sobre una doble base. Por un lado, se trata de contar con un mercado relativamente restringido pero ampliado por encima del interno y, por el otro, abaratar el abasto a los capitales que producen en escala restringida al importar mercancías producidas en la escala mayor con que operan los capitales en Brasil. Por su parte, el ingreso al ALCA significa, lisa y llanamente, la misma reproducción mediante una acelerada multiplicación de la población obrera sobrante para el capital.

La potenciación específica del proceso nacional de acumulación de capital por la acción política de la clase obrera

¿Quiere decir esto que la clase obrera argentina está condenada a la impotencia de observar cómo el capital le va arrancando paso a paso el ejercicio de su ser genérico humano al consolidarla crecientemente como población sobrante? ¿Quiere decir que debe resignarse a que sus potencias históricas se hayan reducido a la resistencia que puede oponerle a este proceso para hacerlo lo más lento posible y paliar sus consecuencias inmediatas? ¿Quiere decir que, en consecuencia, no puede aspirar a ejercer más proyección histórica que impedirle con esta resistencia al capital liberarse aún más de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad mediante la acelerada caída del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo?

¡Todo lo contrario!

El modo de producción capitalista mismo ha puesto a disposición de la clase obrera argentina una posibilidad específica para revertir su determinación actual, superando así su caída acelerada en la condición de sobrante. Se trata de que ella tome conscientemente en sus manos el ejercicio de las potencias que genéricamente le corresponden como personificación del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Pero no se trata de una potencia abstracta; ni mucho menos de una que brota de su sola conciencia. Por el contrario, ella brota de la determinación de la conciencia de la clase obrera como atributo enajenado en el capital. Porque se trata de oponerle, a la fuerza que tiene la acumulación del capital en base a liberarse del desarrollo de su papel histórico, la fuerza arrolladora que tiene la acumulación de capital cuando sí cumple con ese papel. Más aún, cuando esta acumulación portadora del desarrollo de las fuerzas productivas sociales puede alimentarse de una fuente de plusvalía extraordinaria de la magnitud de la renta de la tierra agraria (y, ahora, también de la tierra con fuentes de energía) argentina.

La transformación de la renta de la tierra en un capital capaz de participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad actuando como productivo desde el país sólo puede realizarse mediante la concentración del mismo en la escala requerida para competir en el mercado mundial. Y esta concentración del capital tiene por condición su transformación en una propiedad directamente social al interior del país, o sea, en un capital de propiedad del estado nacional. De modo que la transformación en cuestión sólo puede realizarse bajo la forma política concreta de la abolición de las clases capitalista y terrateniente, dentro del ámbito nacional. O, lo que es lo

mismo, sólo puede realizarse bajo la forma política concreta de una revolución social que transforme a la clase obrera de cuyo plustrabajo se va a nutrir el capital concentrado, en propiedad colectiva de éste bajo la forma jurídica de capital estatal.

La sola magnitud de esta transformación social hace evidente que la misma no puede tener lugar restringida a la Argentina, sino que necesita tomar la escala de una transformación que alcance íntegra a toda la clase obrera de América Latina. Cosa que no tiene nada de sorprendente si se considera que la acumulación de capital presenta, en la generalidad de la región y más allá de la particularidad introducida por el NAFTA, la misma especificidad que en la Argentina. Ni siquiera Brasil constituye una excepción; sólo que su tamaño y ciertas peculiaridades históricas le permiten disimular las consecuencias de tal modalidad de acumulación, como ocurría con la Argentina respecto de otros países Latinoamericanos décadas atrás²⁶.

Más aún, en el último cuarto de siglo, la acumulación de capital se ha visto alimentada por la explotación de las diferenciaciones nacionales en que toma forma su unidad mundial. Los capitales multiplican su capacidad de acumulación localizando nacionalmente cada etapa de su producción y circulación en base a los atributos diferenciales que la misma separación entre naciones permite establecer respecto del precio de la fuerza de trabajo, la complejidad, la productividad, la intensidad y la duración de la jornada laboral. Pero esta modalidad no sólo le permite al capital multiplicar su valorización, sino que puede hacerlo retrocediendo en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de producir un obrero con atributos productivos y necesidades universales. Al mismo tiempo, es la base sobre la cual el capital acelera la multiplicación de la población obrera sobrante en el mundo; con lo cual multiplica también su acumulación a contrapelo de su necesidad histórica, al pagar la fuerza de trabajo por debajo de su valor.

A la acción política de la clase obrera sólo le queda un camino: ubicarse nuevamente a la vanguardia en el proceso de superación de la fragmentación nacional de la acumulación mundial de capital. Para la clase obrera argentina, la ampliación de los ámbitos nacionales en el curso de la disolución de los mismos guarda, además, un interés específico que hace directamente a su reproducción como clase obrera en activo. No se trata de una cuestión discursiva, sino de una condición material que sólo puede ser producto de la acción política inmediata de la clase obrera.

Ante la magnitud de la tarea, puede parecer más concreto lanzarse a competir por quién propone el mayor aumento hipotético de salarios, el mayor

resurgimiento del mercado interno de escala restringida o la más pronta recuperación de los pequeños capitales; o dar por sentado que la acumulación de capital es un proceso nacional por su contenido y no por su mera forma; o confiar en las potencias transformadoras de la conciencia que se declara a sí misma libre de toda dominación por el capital. Sin embargo, todos estos enfoques parten de abstraer la forma concreta que toma la vida humana hoy, la acumulación de capital, para poner en su lugar las inversiones ideológicas de las que la misma acumulación se nutre. Hasta la forma más concreta se torna una abstracción en cuanto se la separa de sus determinaciones.

Abstract

In Argentina, accumulation is centered in foreign capitals that restrict their scale to the domestic market by appropriating ground rent, surplus value released by small capitals and, mainly, by paying labor power below its value. This base contracted the total value product since the 80s, despite the foreign public debt net inflow. In 2001 this inflow came to an end, thus announcing greater contraction, fall of wages, unemployment, and debt default. The crisis of political representation exploded. In spite of its appearances, it was the political form taken by the reproduction of Argentine capitalism with its specificity -which is contrary to the development of the productive forces-intact. Only the absolute centralization of capital by the working class can overcome this specificity. But this centralization requires the formation of a unique national space by the Latin-American working classes today submitted to the same specificity.

Keywords: Argentina, crisis, capital accumulation, national economy, working class, political action, productive forces.

Referências bibliográficas

- AMATO, Alberto y GUAGNINI, Lucas. La trama política de los saqueos de diciembre. In: *Clarín*. El estallido de violencia social. Buenos Aires: Clarín, 19/5/2002.
- GRINBERG, Nicolás. Acerca de la acumulación de capital en Brasil. CICP, 2003.
- GUAGNINI, Lucas. El rol de las 'bandas de la droga'. In: *Clarín*. El estallido de violencia social. Buenos Aires: Clarín, 19/5/2002.
- IÑIGO CARRERA, Juan. *El capital: Razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas, 2003.
- _____. Estancamiento, crisis y deuda externa. Evidencias de la especificidad del capitalismo argentino. *Ciclos*, 23, 2002.
- _____. *La acumulación de capital en la Argentina*. CICP, 1998.

MARX, Karl e ENGELS, Federico. *La sagrada familia, o crítica de la crítica crítica*. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1971.

MARX, Karl. *El capital*. T. I. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.

YOUNG, Gerardo; AMATO, Alberto y GUAGNINI, Lucas. La [Policía] Bonaerense y sus dos caras durante los saqueos. In: *Clarín*. El estallido de violencia social. Buenos Aires: Clarín, 20/5/2002.

Notas

¹ Los datos que siguen han sido extraídos de Iñigo Carrera, Juan, “Estancamiento, crisis y deuda externa. Evidencias de la especificidad del capitalismo argentino”, *Ciclos*, 23, 2002. Han sido actualizados siguiendo los mismos criterios.

² En dólares de paridad, base promedio 1956/77.

³ Este desarrollo sintetiza el realizado en Iñigo Carrera, Juan “La acumulación de capital en la Argentina”, Documento del CICP, 1998.

⁴ Iñigo Carrera, Juan, *El capital: Razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2003, capítulo 5.

⁵ Iñigo Carrera, Juan, *ibid*, capítulo 2.

⁶ Por el cómputo de este movimiento ver Iñigo Carrera, Juan “Estancamiento y deuda externa: Evidencias de la especificidad de la acumulación de capital en la Argentina”, *Ciclos*, 23, 2002.

⁷ Amato, Alberto y Lucas Guagnini, “La trama política de los saqueos de diciembre” en “El estallido de violencia social”, *Clarín*, 19/5/2002.

⁸ Guagnini, Lucas, “El rol de las ‘bandas de la droga’” en “El estallido de violencia social”, *Clarín*, 19/5/2002. Young, Gerardo, Lucas Guagnini y Alberto Amato, “La [Policía] Bonaerense y sus dos caras durante los saqueos” en “El estallido de violencia social”, *Clarín*, 20/5/2002.

⁹ Marx, Carlos, *El capital*, T. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, p. XV.

¹⁰ Marx, Carlos, *ibid.*, p. 303.

¹¹ Marx, Carlos, *ibid.*, pp. 9-10.

¹² Marx, Carlos, *ibid.*, pp. 5-6, 11 y 13.

¹³ Marx, Carlos, *ibid.*, p. 37.

¹⁴ Marx, Carlos, *ibid.*, pp. 37-38.

¹⁵ Marx, Carlos, *ibid.*, pp. 5-6.

¹⁶ “No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun el proletariado íntegro, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser”. Marx, Carlos en Carlos Marx y Federico Engels *La sagrada familia, o crítica de la crítica crítica*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1971, p. 51.

¹⁷ Marx, Carlos, *El capital, op. cit.*, pp. 426-27.

¹⁸ Marx, Carlos, *ibid.*, p. 482.

¹⁹ Marx, Carlos, *ibid.*, p. 487.

²⁰ Marx, Carlos, *ibid.*, pp. 534 y 544.

²¹ Iñigo Carrera, Juan, *El capital: Razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia, op.cit.*, capítulo 1.

²² Iñigo Carera, Juan, *ibid*.

²³ Iñigo Carera, Juan, *ibid*.

²⁴ Marx, Carlos y Federico Engels, «Manifiesto Comunista», Editorial Claridad, Buenos Aires, 1975, pp. 49-50.

²⁵ Iñigo Carera, Juan, *ibid*, capítulo 3.

²⁶ Grinberg, Nicolás, “Acerca de la acumulación de capital en Brasil”, Documento del CICP, 2003.